

1

Nick Bell miró su teléfono mientras se movía en su cama.

—No es gay —murmuró para sí mismo—. Tiene *lentejuelas* en su traje —pensó en borrar el comentario, pero ya había varios que le habían respondido para vengarse de FireStoner, por lo que decidió no hacerlo. Quienquiera que fuera aprendió rápido que nadie comentaba un *fanfic* de *ShadowStar744* de ese modo. Después de todo, Nick era uno de los escritores más populares entre los seguidores de los Extraordinarios (incluso aunque tuviera que usar el nombre de usuario *ShadowStar744* porque los que iban del 1 al 743 ya los habían tomado otros malditos bastardos) y las relaciones de ese estilo siempre serían más populares que las tontearías heterosexuales que FireStoner parecía querer. *Heterosexuales*, pensó Nick, mientras sacudía la cabeza. Nunca los entendería.

Y los otros cuarenta y dos comentarios no estaban tan mal. En especial para un capítulo tan corto que terminaba con el décimo tercer final


abierto seguido. Gracias a Dios que sus seguidores lo entendían. Eran la única razón por la que seguía escribiendo lo que podía considerarse una oda masturbatoria de un cuarto de millón de palabras para Shadow Star. Sin ellos, el *fanfic* probablemente habría terminado hace rato, o peor, habría sido uno de esos trabajos inconclusos que se convierten en un cuento con moraleja para personas nuevas del *fandom*. Podía lidiar con idiotas aislados como FireStoner.

Abrió Tumblr y reblogueó algunas cosas hasta que encontró un dibujo algo provocativo de Shadow Star en una pose evocativa que era físicamente imposible y erótica, pero decidió no rebloguearla. Desde que su papá descubrió Tumblr y que su hijo había subido por accidente un dibujo que aparentemente *ningún menor de dieciocho años debería ver*, intentó mantener las cosas más ordenadas. Era la única manera de que su papá le permitiera conservar su página de Tumblr, incluso luego de que las autoridades decidieran que mostrar algo tan inconsecuente como un par de pezones fuera considerado pornografía. Eso y que su papá le pidió la contraseña. Nick tenía pesadillas en las que su papá ingresaba a su cuenta y le escribía a todos sus seguidores que lo castigaría si llegaba a ver algo remotamente explícito en su página, tal como lo había amenazado.

Nick se había sentido completamente perdido.

Lo que, por supuesto, empeoró cuando su papá lo miró con el ceño fruncido, como si la idea le hubiera llegado más tarde, y le dijo, “También creo que debemos hablar sobre por qué hay un hombre desnudo en tu página, Nicky. A menos que sea algo artístico. No entiendo al arte”.

Y lo que Nick le respondió no fueron palabras, sino más bien una combinación de sonidos dignos de un documental sobre los hábitos de apareamiento de los ciervos de la región del Noroeste del Pacífico. Su cerebro se había apagado mientras intentaba encontrar una explicación



lógica a por qué había decidido rebloguear una imagen de Shadow Star con un bulto cómicamente gigante que lo hacía ver como si necesitara atención médica de inmediato.

Su papá esperó.

Finalmente, Nick habló.

–Sí, eso. Ehm.

–Está bien. ¿Tuviste sexo? –preguntó su papá.

–No, papá, por favor, ¿por qué siquiera...? –respondió Nick.

–¿Sabes lo que es un condón? –insistió.

–Sí, papá, por Dios, sé lo que es un *condón*...

–Bien. Eso significa que lo usarás cuando decidas tener sexo. Y ya veo que no falta mucho para eso.

–Sí, papá, por Di... Ehm, quiero decir, *no*, no voy a tener sexo, ¿por qué tienes que *decir* eso?

–Si fuera con una chica te diría lo mismo. Envuélvelo bien, Nicky. Siempre envuélvelo bien antes de meterlo en cualquier lado. –Inclinó la cabeza hacia un lado y miró a su único hijo—. O de que te metan algo a ti también. No me importa si eres pasivo o lo otro. Usa protección.

Nicky estaba al borde del colapso: la sinapsis estaba descontrolada, tenía los ojos casi desorbitados y la respiración quedó atrapada en su pecho mientras empezaba a hiperventilar. Su papá había estado para él, por supuesto, como siempre cuando Nick perdía la cabeza. Se sentó a su lado y pasó un brazo sobre sus hombros y esperó a que la cabeza de su hijo se empezara a despejar.

No hablaron mucho más del tema después de eso. Los hombres Bell no eran los mejores para comunicar sus *sentimientos*, pero Aaron Bell le dejó *bien en claro* que había perversos por todas partes y que, si bien algunas de las personas con las que Nick interactuaba en línea parecían agradables,

también podían ser cuarentones que todavía vivían en el sótano de sus madres y acechaban adolescentes distraídos para cometer actos atroces como convertir a sus víctimas en títeres o vestirse con su piel.

Y si bien Nick no creía que algo como eso le fuera a suceder a él, no estaba tan seguro. Después de todo, era el hijo de un policía. Conocía las estadísticas y había crecido escuchando historias horribles sobre lo que su papá había visto en su trabajo. No quería terminar siendo el títere de nadie, así que decidió dejar de rebloguear pornografía, sin importar lo bien que se viera.

(Lo que significaba que también tuvo que cerrar su *otra* cuenta de Tumblr que era considerablemente más adulta, pero cuanto menos se hablara de eso, mejor).

Y así fue cómo a los quince años le contó la verdad a su papá.


Gracias a la pornografía de Extraordinarios.

Era tan joven en ese entonces, tan ingenuo. Ahora tenía dieciséis. Era un hombre. Aunque quizás, un hombre que una vez había comprado una almohada en Etsy con la cara de Shadow Star. O que había revisado el recorrido del paquete cada una hora para asegurarse de que, ni bien estuviera en su puerta, fuera él quien lo recibiera. No porque se sintiera avergonzado (incluso aunque ahora estuviera escondida debajo de su cama), sino porque... le harían muchas preguntas y Nick no había estado de humor para responderlas.

(Sí, hace falta decir que tres días después de recibir la almohada, la besó... aunque sabía que no era algo precisamente normal).

Pero seguía siendo un hombre. Había prometido tomar buenas decisiones este nuevo año escolar, borrón y cuenta nueva para los dos. Nuevo día, nuevo amanecer, bla, bla, bla.

Se estaba calzando sus zapatillas desgastadas cuando alguien llamó a



la puerta. Eso también había sido parte del trato: debía confiar en Nick y lo dejaría tener la puerta cerrada si era lo suficientemente responsable para lavar su propia ropa, de modo que su papá no encontrara ninguna evidencia de que Nick había estado... *explorando* su cuerpo. Nick lo quería mucho, pero su singular talento para hacer que su vida fuera un infierno era algo que no debía pasarse por alto.

–Desayuno –gritó desde el otro lado de la puerta–. Será mejor que te estés preparando, Nicky.

Nick puso los ojos en blanco.

–Sí.

–Ajá. Deja de “tumlerear” y baja de inmediato. El pan tostado no esperan a nadie.

–Ya bajo. Y no se dice *tumlerear*, hombre inculto. Dios, es como si no supieras nada de nada.

Oyó las pisadas de su papá a medida que se alejaban por el pasillo hacia la escalera. Las tablas del suelo crujían, algo que habían pensado reparar hacía años. Pero eso fue... bueno. Antes. Cuando las cosas estaban bien y todo tenía sentido. Sí, su papá trabajaba tanto como ahora, pero ella siempre había estado ahí para refrenarlo y decirle con firmeza que debía cenar en su casa al menos *tres* veces a la semana como una familia. Ella le decía que no pedía demasiado. Pero todos entendían que no era solo un simple pedido.

Su papá seguía trabajando mucho.

Nick se levantó de la cama. Puso su teléfono en vibrador (mientras se quejaba una y otra vez en voz baja por eso de *tumlerear*) y cruzó su habitación hacia su escritorio para colgarse la mochila.

Ahí estaba ella, como siempre, atrapada en una fotografía. Le sonreía y dolía, incluso ahora. Sospechaba que siempre sería así, al menos un

poco. Pero ya no era el vacío que había sentido hacía dos años ni el dolor constante del año pasado. Seth, Jazz y Gibby ya no tenían que andar con cuidado cerca suyo, como si la más mínima mención de una madre lo hiciera largarse a llorar.


Su papá había tomado la foto. Fue durante uno de sus viajes de verano fuera de la ciudad. Habían ido a la costa de Maine a una cabaña pequeña junto al mar. Fue un viaje extrañamente frío y la playa estaba cubierta de rocas en lugar de arena, pero había estado... bien. Nick se había quejado sin parar por estar lejos de sus amigos, porque no había Wi-Fi, y se preguntaba constantemente si sus padres podían siquiera ser más barbáricos. Su papá reía y su mamá le daba unas palmadas sobre la mano, repitiéndole que sobreviviría.

Aunque él no estaba tan seguro.

Pero bueno, tenía trece años y era obvio que sería así de dramático. La pubertad fue una perra y hacía que su voz se quebrara cuando hablaba, sin mencionar los granos que habían decidido anidar a cada lado de su nariz. Era torpe y raro, y tenía pelo que le crecía por todos lados, así que estaba en su naturaleza ser dramático.

Solo un tiempo más tarde, Nick descubrió que su papá había tomado la foto.

Había sido en la mitad del viaje, cuando decidieron buscar el faro que se suponía que sería pintoresco, lo que en realidad significaba aburrido. Les había tomado algunas horas llegar hasta allí porque estaba en medio de la nada y el mapa de papel que ella insistía en usar era completamente inútil. Pero entonces casi pasan de largo un cartel oculto detrás de un árbol viejo. Fue en ese instante que ella gritó “¡Allí!” con mucha fuerza y llena de entusiasmo. Su papá clavó los frenos y Nick rio por primera vez desde que puso un pie en el estado de Maine. Ella lo miró



con una enorme sonrisa, su cabello claro caía sobre su cara. Le guiñó un ojo cuando su papá gruñó y avanzó en reversa lentamente con el auto.

Encontraron el faro a los pocos minutos.

Era más pequeño de lo que esperaba, pero había algo exhilarante en la forma en que Jenny Bell abrió la puerta del auto ni bien se detuvieron en el aparcamiento vacío, mientras las olas rompían como telón de fondo. Dejó la puerta abierta y les dijo “¿Vieron? Sabía que lo encontraríamos. *Sabía* que estaba aquí”.

Los hombres Bell la siguieron. Como siempre.

El pesado marco de la fotografía era de roble. La había tomado sin pensarlo dos veces de la mesita de noche de su mamá. Su papá no le dijo nada cuando la vio en su escritorio por primera vez. Era algo de lo que no hablaban.

Una de las tantas cosas.

Ella le sonreía todos los días. Debió haberlo visto a su papá con la cámara porque estaba mirando justo en esa dirección con la cabeza apoyada sobre el hombro de su hijo. Nick había levantado la cabeza hacia el cielo, sus ojos cerrados.

Se parecían mucho. Su tez pálida y sus ojos verdes, su cabello rubio y sus cejas que parecían tener vida propia. No cabía duda de dónde venía. Su papá era mucho más grande de lo que Nick jamás sería, tenía tez morena y cabello oscuro, y más músculos sobre sus músculos, aunque ahora eran más suaves de lo que solían ser. Nick era flacucho y tenía brazos largos, mal coordinados en sus mejores días y completamente peligrosos en los peores. Los había heredado de ella, aunque en ella la torpeza se veía adorable; en él, por el contrario, lo volvía propenso a romper una mesa o uno de sus huesos. Le había contado que había conocido a su papá luego de haberse caído literalmente sobre él en la biblioteca. Estaba subida a

una escalera, intentando alcanzar el estante más alto, justo cuando él pasó por debajo en el momento en que ella se resbaló y cayó. Según su papá, la atrapó en el aire, pero *ella* decía, “Sí, claro, seguro, aunque la verdad es que *no lo hiciste* porque caí justo sobre ti y los dos quedamos tendidos en el suelo”. Y luego empezaban a reír sin parar.

Nick se parecía a ella.

Se comportaba como ella.

No podía entender cómo hacía su padre para mirarlo.


—Voy a ser mejor—dijo en voz baja, sin querer que su papá lo escuchara. El hecho de que le hablara a la fotografía de su mamá probablemente significaría volver al psiquiatra, algo que Nick quería evitar a toda costa—. Un nuevo Nick. Ya lo verás. Te lo prometo.

Apoyó los dedos sobre sus labios y luego sobre la fotografía.

Ella siguió sonriendo.

Su papá estaba en su pequeña cocina con un trapo viejo sobre el hombro. Se había quitado el uniforme en algún momento desde que llegó del turno nocturno del trabajo. El desayuno era el único momento del día que pasaban juntos, a menos que su papá tuviera el día libre. Por lo general, era el único momento en que se veían durante semanas. Y ahora la situación sería más complicada porque habían empezado las clases, pero ya encontrarían una solución. Luego de los eventos de la primavera pasada, trabajaban juntos como un equipo.

La mesa estaba servida, con los platos, utensilios y vasos de jugo listos para ellos. Y, por supuesto, la píldora blanca y alargada con el nombre ridículo de Concentra. “La Concentra ayudará a que Nick se concentre”,



había dicho el médico sin reír. Su papá había asentido y Nick tuvo que, de algún modo, mantener la boca cerrada y no decir *nada*, ya que, probablemente, nadie lo aceptaría.

Su papá guardaba las píldoras en un lugar seguro en su habitación. Le había dicho a Nick que no era porque no confiara en él, sino porque conocía los peligros de la presión social y no quería que Nick terminara en el mundo de las drogas, vendiéndolas bajo las gradas del campo de fútbol.

“Gracias por no dejar que me convierta en narcotraficante”, le había dicho a su papá. “Sentía que las garras del crimen ya me estaban atrapando, pero tú me salvaste”.

Nick tomó la píldora y, justo cuando su papá volteó para mirarlo con una ceja levantada, la tragó con un poco de jugo de naranja. Un asco. Se acababa de lavar los dientes y ahora tenía gusto a putrefacción en la boca. Hizo una mueca de repulsión y sacó la lengua para mostrarle que había tragado la píldora.

Su papá volteó nuevamente hacia las hornallas y la creciente montaña de pan tostado.

Había un televisor viejo en un rincón cerca del refrigerador que siempre usaban para ver las noticias. Nick estaba a punto de ignorarlo cuando el presentador de peinado impoluto anunció que tenían a Rebecca Firestone en vivo.

De inmediato, Nick puso toda su atención en la pantalla, mientras agarraba el control remoto de la mesa y subía el volumen.

Nada más importaba. Ni el sabor amargo de la píldora. Ni que su papá parecía estar tostando pan como para alimentar a una familia de treinta y cuatro integrantes. Ni siquiera el hecho de que Nick estaba seguro de que se había olvidado de ponerse desodorante luego de bañarse. Nada. Lo

único que le importaba era Rebecca Firestone. Porque si Rebecca Firestone estaba en la pantalla, solo podía significar una cosa.

Shadow Star.

Y ahí estaba, con su maquillaje perfecto, su cabello castaño peinado estilo pixie, sus ojos grandes y sus dientes tan blancos como los de una estrella de Hollywood que le sonreía a la cámara. Detrás de ella, una fila de patrulleros con las luces que destellaban sobre la acera.


—Gracias, Steve. Me encuentro en la intersección de la Calle 48 y Lincoln Street frente a la Torre Burke, donde anoche se llevó a cabo un intento de robo espantoso. —La imagen cambió y mostró el inmenso rascacielos que se elevaba sobre Ciudad Nova—. Algunas fuentes nos confirmaron que se trató de un golpe comando que se lanzó en paracaídas sobre la azotea de la Torre Burke. Si bien todavía se desconocen sus intenciones, sus planes fueron inmediatamente trastocados cuando se encontraron con el Extraordinario protector de Ciudad Nova, Shadow Star.

—Inmediatamente trastocados —musitó Nick, haciendo una mueca—. Como si eso sonara natural. Consíguete un editor, Firestone. Por Dios.

La imagen regresó a Rebecca Firestone. Esbozaba una amplia sonrisa y tenía las mejillas sonrosadas.

—Tuve la oportunidad de hablar con Shadow Star fuera de cámara esta mañana y me contó que, si bien los delincuentes estaban preparados, no siguieron adelante con su plan de ingresar a través del sistema de ventilación. Los siete fueron neutralizados en cuestión de segundos y ya han sido entregados a las autoridades. Ningún civil salió herido.

Nick no estaba para nada embelesado. Y, si ese fuera el caso, no tenía nada que ver con Rebecca Firestone. Ella era un parásito retorcido colgado del maravilloso Shadow Star. Casi todos creían que hubo algo entre ellos en algún momento. Y, si bien Nick sabía que Rebecca Firestone



no era nada más que una reportera entrometida que vivía para hacer el papel de damisela en peligro, Shadow Star siempre estaba ahí para salvarla, sin importar qué hubiera hecho para meterse en problemas.

Nick no admiraba para nada a la autoproclamada reportera intrépida. Era evidente que ella solo estaba usando a Shadow Star para hacerse un nombre en el mundo despiadado de los reportajes de los Extraordinarios. Puede que Shadow Star tendiera a darle exclusivas que no le daba a nadie más y *puede ser* que quizás haya aparecido esa fotografía cuando la había salvado del edificio en llamas, donde Rebecca abrazaba sus brazos musculosos y mantenía la cara presionada contra su cuello. Sí, Nick la había impreso y la usaba como blanco de dardos en su habitación, pero no porque estuviera celoso. Solo era un acérrimo defensor de la ética en el mundo del periodismo.

—Aquí tenemos al jefe de la policía de Ciudad Nova, Rodney Caplan.

La cámara se movió hacia la izquierda y encuadró a un gran hombre negro parado junto a Rebecca Firestone. Transpiraba profusamente y su bigote denso estaba levemente caído. Su uniforme lucía bastante ajustado a la altura de la barriga y, cuando la cámara lo enfocó, se secó la cara e intentó sonreír, aunque fue más bien una mueca de incomodidad.

—Parece que a Cap le vendrían bien unas vacaciones —dijo Nick sin apartar la vista del televisor.

—Todos las necesitamos, hijo —respondió su papá—. Quizás la próxima vez que venga a cenar puedes decírselo. Para ver qué opina.

—Ya lo hice la última vez y se me rio en la cara.

—Eso fue porque no tenía sentido que se lo recordaras.

—Refuerzo positivo —le recordó Nick.

—Está bien, lo siento. No tenía sentido, pero lo dijiste con buenas intenciones. Estoy orgulloso de ti.

–Gracias.

–¿Qué tiene para contarnos, jefe? –preguntó Rebecca Firestone.

–Absolutamente nada –contestó Cap–. De hecho, ya sabes más de lo que deberías. Quizás más que nosotros.

Rebecca Firestone apenas titubeó. Algunos dirían que era profesional, pero Nick no era una de esas personas.

–Este es el tercer operativo criminal contra la Torre Burke en los últimos cinco meses. Sin duda, todos fueron frustrados gracias a Shadow Star, pero...

–No, nada de *agradecerle* a Shadow Star –la interrumpió Cap, mirando a la cámara–. Esto se logró gracias al arduo trabajo de los hombres y mujeres del departamento de policía de Ciudad Nova. Definitivamente, no necesitamos a estos justicieros disfrazados, volando con sus capas y sus poderes, intentando...

–Shadow Star no usa capa –dijeron Nick y Rebecca Firestone al unísono.


Cap volteó y miró a Rebecca Firestone.

Su papá volteó y miró a Nick. Nick lo ignoró.

–Pero ¿no es verdad que Shadow Star...? –preguntó Rebecca Firestone.

–Lo único que sabemos es que Shadow Star es el *responsable* de estos crímenes –agregó Cap con su bigote más caído y con el ceño fruncido–. Y lo utiliza como un medio para mejorar su reputación. Estos grupos podrían estar trabajando para él, como una especie de puesta en escena para hacerlo quedar como un héroe. Ciudad Nova era más segura antes de que reaparecieran los Extraordinarios y yo haré todo lo posible para verlos a todos tras las rejas.

–Sí –dijo Nick–. Invita a Cap de nuevo. Tengo algunas cosas que me gustaría discutir con él.



En lugar de responderle, su papá pasó un brazo por encima del hombro de Nick y apagó el televisor. Fue una respuesta efectiva y Nick estaba impresionado. Molesto, pero impresionado.

–Estaba mirando.

–Desayuno –dijo como si Nick no hubiera dicho nada.

Como se suponía que Nick tendría un mejor año, no se opuso, al menos, no en voz alta. Dentro de su cabeza, la respuesta fue dura y devastadora.

–¿Por qué no estabas ahí? –preguntó, moviendo la silla y sentándose. Su papá se rascó la cara y se sentó al otro lado de la mesa.

–Si te digo que estuve ahí, solo podrás hacerme dos preguntas, solo dos.

Nick se quedó boquiabierto.

Su papá se sirvió dos rebanadas de pan tostado en su plato.

–Pero... quiero... no puedes...

–Dos preguntas, Nicky. No las desperdicies.

Su padre era fantástico. Duro, pero agradable. Era bueno en lo que hacía. Cuando reía, sus ojos se arrugaban, las líneas alrededor de su boca se profundizaban y eso lo hacía feliz, aunque ya no lo hiciera tan seguido como antes. Era valiente, justo y, a veces, Nick no sabía qué haría sin él.

Pero también podía ser el mayor desgraciado de todos. Como en este momento.

–Siete preguntas.

–Ninguna pregunta –respondió, pasándole la mantequilla.

–¡Seis preguntas!

–Ya me cansé.

–Eres horrible para negociar. ¿Cómo se supone que voy a aprender a ser adulto cuando mi figura paterna se rehúsa a trabajar conmigo?

–La vida apesta, muchacho. Quédate con lo que tiene para ofrecerte.

–*Está bien*. Dos preguntas.

Señaló a Nick con su tenedor.

–Mientras comes. Acabas de tomar la píldora. Necesitas tener comida en el estómago.

–Se supone que tengo que esperar treinta minutos antes de...

–Nicky.

–¿Qué querían? –preguntó, metiéndose un rodaja de pan en la boca.

–No sé. No hablé con ninguno de ellos cuando los bajaron. Cap me pidió que volviera a casa porque sabía que era tu primer día de clases. Me dijo que te recuerde que hay una celda vacía con tu nombre esperándote si aparece una calificación más baja que una B menos en tu libreta de calificaciones, en cualquier momento del año.

–Me pregunto si el alcalde sabe que los oficiales en su departamento de policía amenazan a menores.

–Sí –contestó su papá–. Y está completamente de acuerdo. Te queda una pregunta.

Como si no supiera lo que Nick estaba a punto de preguntarle.

–¿Lo viste?

–Sí –contestó, vertiendo una cantidad asquerosa de jarabe.

Nick esperó. Su papá no dijo nada.

Nick podía jugar a este juego.

O, pensándolo bien, no podía.

–¿Y?

–¿Esa es otra pregunta?

Nick apenas se contuvo de arrojarle el tenedor por la cabeza.

–¿Por qué eres así?

Su papá esbozó una sonrisa.



–Porque tu angustia adolescente me hace feliz como padre.

–¡Pa!

–Sí, Nick. Vi a Shadow Star. Incluso, *hablé* con él. De hecho, le pedí un autógrafa para ti. Y su número de teléfono. Me lo dio cuando le dije que estás enamorado de él. Dijo que le encantaría tener una cita contigo porque le pareciste encantador cuando le mostré una fotografía tuya...

–Por favor, dime que soy adoptado –rogó Nick–. Es lo único que podría salvarme de esta vida en ruinas.

–Lo siento, muchacho. Saliste de mi entrepierna.

Nick soltó un quejido y dejó caer la cabeza sobre la mesa.

–¿Por qué tienes que decirlo de ese modo?

Nick sintió una mano sobre su nuca que lo acarició con suavidad.

–Porque te ves adorable cuando estás incómodo. En especial, cuando hablo de tu novio.

–No es mi novio –musitó Nick sin levantar la cabeza de la mesa–. Ni siquiera sabe que *existo*.

–Y quizás sea para mejor. De seguro, quedará horrorizado cuando vea lo que tumbleras sobre él. A nadie le gustan los acosadores, Nicky.

Nick apartó la mano de su padre cuando se incorporó en la silla.

–Yo no soy un acosador...

–No, no lo vi. Nadie lo vio. Y por suerte para él porque lo habríamos arrestado ahí mismo. Malditos Extraordinarios. Lo único que hacen es...

–Hacer su trabajo más difícil, sí, sí, ya lo sé. Lo dices todo el tiempo. Pero, *papá*. Él puede trepar por las paredes y controlar las sombras. Creo que no entiendes lo increíble que es eso.

–Ah, claro que lo entiendo, por supuesto. Pero tiene que dejarnos hacer nuestro trabajo. La vida no es una de tus historietas, Nick. Esto es real. La gente puede salir herida.

–¡Él es uno de los *buenos*!

–¿Quién lo dice? –preguntó su padre tras resoplar.

–*Todos*.

Su padre sacudió la cabeza.

–La vida no es blanco o negro. No es sobre héroes y villanos. Shadow Star es un dolor de culo igual que el tipo de fuego...

–Pyro Storm, y no te *atrevas* a compararlos de ese modo. Pyro Storm es el archienemigo de Shadow Star y el destino de Ciudad Nova se mantendrá en equilibrio siempre y cuando Shadow Star luche por nosotros contra la tiranía de...

–Son todos unos idiotas que usan ropa ajustada de segunda mano.

Nick se lo quedó mirando fijo.

Su papá se encogió de hombros.

Nick decidió ser misericordioso.

–Voy a hacer de cuenta que nunca dijiste eso.

–Guau, qué afortunado soy.

Quizás no *tan* misericordioso.

–Este va a ser el peor comienzo de clases de toda mi vida.

–Lo que me recuerda...

Sí, eso fue su culpa. Debería haberlo anticipado.

–No vamos a hacer esto de nuevo.

–Creo que sí –respondió su papá, reclinándose sobre la silla y cruzándose de brazos. Nick notó las ojeras que tenía debajo de sus ojos y las arrugas en su frente, marcas que no habían estado allí hacía un par de años. Sintió la punzada en su pecho. Se obligó a no mirar a todos los fantasmas que aún acechaban la cocina: el especiero que ninguno se animaba a tocar, los trapos favoritos de su mamá frente al horno, aquellos con los gatitos bordados—. Solo para saber que estamos en la misma página.

Mejor terminar con esto de una vez por todas.

–Prestaré atención.

–¿Y?

–Haré mi tarea todas las noches.

–¿Y?

–Si tengo problemas, te pediré ayuda.

–¿Y?

–Si todo empieza a superarme, te lo diré.

–¿Por qué?

Nick apenas contuvo una queja.

–Porque es más fácil afrontar las cosas juntos que solo.

Su papá asintió lentamente.

–Muy bien –y luego agregó–: Ya sé que ha sido duro, Nick. Y yo no fui la persona más fácil de tener cerca.

Nick estaba alarmado.

–Eso no...

Su papá levantó una mano y Nick se quedó en silencio.

–Cometí errores. Errores que no debería haber cometido. Te prometí ser mejor y voy a intentarlo. Puede que necesite que me lo recuerdes de vez en cuando, pero yo sé que lo harás. Y tú sabes que yo haré lo mismo por ti. Debemos ser un equipo, muchacho. Es... es lo que ella hubiera querido. Lo sabes tanto como yo.

Nick asintió, ya que no confiaba lo suficiente como para hablar.

–Bien, choca esos cinco. –Levantó una mano.

Dios, su papá era tan vergonzoso.

Pero Nick le chocó los cinco de todas formas. Habría sido irrespetuoso no hacerlo.